

Nuevos y viejos comportamientos en las jóvenes rurales



Cecilia Díaz-Méndez
cecilia@uniovi.es
Universidad de Oviedo

A lo largo de las dos últimas décadas, el medio rural español ha sufrido cambios sociales que han afectado a las estrategias de inserción social y laboral de las mujeres jóvenes. En estos años han proliferado estudios sobre las condiciones de vida y trabajo de este colectivo con el fin de conocer estos cambios¹. Todos ellos, con diferentes matices y apreciaciones, han mostrado la subordinación femenina, las peores condiciones de vida de las mujeres y las particulares dificultades que hacen de su inserción social y laboral un importante motivo de análisis desde una perspectiva de género. Tanto es así que, en el último estudio sobre la juventud rural, una de sus conclusiones apunta lo siguiente: “La principal peculiaridad de la juventud rural no es otra que su extraordinaria diferencia interna por razón de género” (González y Gómez Benito, 2002: 15).

El despoblamiento, el envejecimiento y la desagrarización son, sin duda alguna, los pilares sobre los que se asientan los cambios que han afectado a las diferentes generaciones de jóvenes rurales (Camarero, 1997). Pero si estos factores constituyeron en los años ochenta las bases explicativas de los cambios, la juventud española

actual debe analizarse, además, a partir de las nuevas funcionalidades del medio rural, en un contexto de reivindicación de las igualdades entre géneros en una creciente revalorización de la ruralidad y de la naturaleza (Molinero Hernando, 2004).

En este contexto es preciso concretar de qué modo han cambiado las vidas de las distintas generaciones de mujeres, y preguntarse si las jóvenes de la década de los ochenta se enfrentaban a su futuro de un modo similar o diferente al de las jóvenes mujeres rurales de hoy. Nos preguntamos qué hacían en los años ochenta las menores de 30 años, aquéllas a las que los analistas describieron como un círculo quebrado (Camarero, Sampedro y Vicente-Mazariegos, 1991) para referirse a la ruptura generacional en los modelos de integración laboral. Preguntarnos también cuáles son las pautas de inserción social y laboral de las jóvenes de hoy, las que generacionalmente pueden ser las hijas de aquéllas, o que en cualquier caso son lo que algunos han llamado generación soporte (Camarero, 1997) al referirse a las generaciones de jóvenes que no emigraron en los años ochenta y nacieron con el *baby boom* de los sesenta.

▼
La prolongación de los estudios seguida por las mujeres más jóvenes del medio rural empezó a fraguarse en la década de los ochenta comenzaron a modificarse las estrategias de las familias campesinas, orientándose hacia el apoyo de la formación de las hijas y favoreciendo, por el contrario, la inserción laboral temprana de los hijos varones



Nuevos y viejos comportamientos formativos

Los datos sobre la formación de las mujeres rurales en España indican que el nivel medio de estudios reglados de la población femenina en su conjunto en las áreas rurales es inferior al masculino en el mismo medio, y también inferior al del conjunto nacional femenino (Prados Velasco, 2000; Vera y Rivera, 1999). Esta diferencia procede, fundamentalmente, de las generaciones de mujeres adultas y ancianas. Son las mujeres mayores las que adolecen de instrucción formal, mientras que entre las jóvenes ha aumentado sensiblemente el nivel educativo. Pero esta tendencia formativa hacia el aumento del nivel educativo no sólo las separa de las mujeres de otras generaciones, sino también de sus coetáneos varones (González Rodríguez y Gómez Benito, 2002)².

La prolongación de los estudios seguida por las mujeres más jóvenes del medio rural empezó a fraguarse en la década de los ochenta (Vicente-Mazariegos, 1991). En esos momentos comenzaron a modificarse las estrategias de las familias campesinas, orientándose hacia el apoyo de la formación de las hijas y favoreciendo, por el contrario, la inserción laboral temprana de los hijos varones (Díaz Méndez, 1997a; González Rodríguez y Gómez Benito, 1997). Estas incipientes tendencias en las décadas precedentes fueron consolidándose en los años posteriores, y mientras las jóvenes persistieron en esta estrategia formativa de manera continuada, las nuevas generaciones de jóvenes varones no tuvieron una trayectoria tan consistente. Se ha corroborado que,

mientras las mujeres jóvenes persisten en su estrategia de formarse, independientemente de lo que suceda en el entorno, los jóvenes de su misma edad optan por la inserción laboral si el mercado de trabajo ofrece oportunidades, y, sin embargo, continúan estudiando si se limitan las oportunidades de empleo (González Rodríguez y Gómez Benito, 2002: 43).

Todo ello ha contribuido a generar un efecto paradójico, a saber: si la formación de las nuevas generaciones suele ser un garante de continuidad y desarrollo de una sociedad, en el medio rural español ha contribuido a su abandono y masculinización. Las mujeres más formadas se asentaron en el medio urbano, y las menos formadas lo hicieron tras el matrimonio, pues la ciudad ofreció a las generaciones de mujeres jóvenes de los años ochenta y noventa un marco apropiado para el desarrollo de sus expectativas vitales y profesionales que el entorno rural, y el agrario en particular, les negaba.

Hoy las cosas son diferentes. La estrategia formativa, de éxito asegurado en tanto en cuanto logró el alejamiento definitivo del medio rural, comienza ahora a ponerse en cuestión y parece despuntar una nueva estrategia femenina. Si antes la prolongación de los estudios contaba con la percepción de ser una vía de éxito asegurado, los datos sobre el paro juvenil, y en particular el desempleo femenino de mayor cualificación (EPA), han modificado esta percepción entre la población rural, entre las familias y entre las propias mujeres: los porcentajes de jóvenes actuales que siguen enseñanzas posobligatorias cae en las cohortes de los 18 a los 21 años (González



▼ Hay que hablar de un fenómeno aparentemente nuevo en el medio rural: el empresariado agrícola rural femenino, pues el porcentaje de mujeres altamente profesionalizadas que se incorporan a las explotaciones agrarias se duplica en diez años

lez Rodríguez y Gómez Benito, 2002). La estrategia expansiva en relación con la formación iniciada por las jóvenes rurales en la década de los ochenta se ha visto ralentizada hoy, entre otras cosas, por un cambio en las percepciones sobre las posibilidades reales de lograr, a través de la formación, la deseada inserción laboral en el medio urbano.

Nuevas y viejas estrategias laborales

La desagrarización del medio rural, es decir, la pérdida de la centralidad de las actividades agroganaderas, ha sido un fenómeno ocupacional detectado de manera sostenida en los análisis sobre el cambio en el medio rural español desde los años ochenta, pero lo es aún más cuando nos referimos a las implicaciones de género que se esconden detrás del descenso de la actividad agraria.

Según la explicación dada por algunos analistas de este fenómeno que relaciona género y actividad agraria, la agricultura no es atractiva para las mujeres, pues ni las estrategias seguidas por las familias ni la valoración de la actividad agraria han favorecido la permanencia de las jóvenes en las explotaciones familiares agrarias (García Bartolomé, 2000). En la década de los ochenta la estructura ocupacional femenina se encontraba dividida en dos grupos: las mujeres adultas insertas en actividades agrarias, principalmente como ayudas familiares, y las más jóvenes integradas, unas en el sector servicios y otras en ocupaciones domésticas, con tendencia

a la terciarización entre las jóvenes en los asentamientos más poblados (Sampedro Gallego, 1991). En esta época había más esposas de agricultores que agricultoras, y la participación femenina en la actividad era secundaria (como ayudas familiares). Asimismo, entre las jóvenes se daban situaciones de ocupación sin ingresos entre las que, aun trabajando en la explotación agraria familiar, no recibían remuneración directa por el trabajo agrario realizado. De esta situación de ocupados sin ingresos salen, con el transcurso del tiempo, los jóvenes varones hacia el trabajo agrario en mejores posiciones ocupacionales (como titulares de la explotación agraria familiar), pero la situación de dependencia de las mujeres vinculadas a las familias agrarias se prolonga entre las mujeres jóvenes (González Rodríguez, De Lucas y Ortí, 1984).

Los datos censales posteriores confirman la desvinculación agraria de las mujeres (al menos, de la agricultura familiar). Esto se visibiliza a través del descenso de su implicación en las explotaciones familiares agrarias en las categorías ocupacionales de ayudas familiares, mostrándose en la década de los noventa un trasvase hacia la domesticidad de aquellas mujeres que permanecieron en la explotación agraria familiar. En este entorno de infravaloración de la participación laboral femenina en la agricultura propia de la década de los noventa, ser solamente ama de casa se convierte, para las mujeres más jóvenes, en una opción más interesante que permanecer como ayudantes sin sueldo de los varones agricultores. Entre las jóvenes de mayor edad se ha observado, sin embargo, un aumento de las titularidades agrarias, en particular en algunos territorios del norte español, pero los estudios sobre esta cuestión indican que no se trata de una nueva estrategia femenina de inserción en la actividad agrícola, pues estas titularidades están asociadas, en la mayoría de los casos, a una agricultura insuficiente propia de explotaciones agrarias marginales, sin continuidad y/o de escasa rentabilidad (García Bartolomé, 2004).

Hay que hablar, no obstante, de un fenómeno aparentemente nuevo en el medio rural: el empresariado agrícola rural femenino, pues el porcentaje de mujeres altamente profesionalizadas que se incorporan a las explotaciones agrarias se duplica en diez años (García Bartolomé, 1999)³. Pero, además, se detecta un aumento general de las iniciativas de carácter empresarial (no exclusivamente agrarias), número éste que crece más que el de mujeres autónomas urbanas⁴.

Analizado este fenómeno, se detecta que el

▼
La mayoría de las actividades de las emprendedoras se relacionan con la legalización de actividades tradicionalmente desempeñadas por las mujeres como trabajo invisible no declarado

autoempleo femenino en el medio rural parte de mujeres con escasa formación, con dificultades sociales para tener iniciativa, sin dinero propio y con escaso apoyo familiar e institucional. Según el estudio realizado por Alicia Langreo (2000), las mujeres emprendedoras rurales responden al perfil de mujer parada o inactiva, con una edad media entre 30 y 45 años y con formación básica.

Los trabajos más recientes sobre este colectivo de emprendedoras (Camarero et al., 2005) no apuntan hacia un empresariado novedoso e innovador. Los autores de este trabajo indican que la mayoría de las actividades de las emprendedoras se relacionan con la legalización de actividades tradicionalmente desempeñadas por las mujeres como trabajo invisible no declarado (comercios, peluquerías, hostelería, agricultura, tiendas familiares...), trabajo que, en muchos casos, ni siquiera se visibiliza, manteniéndose en la economía sumergida. Estas situaciones ponen en evidencia que detrás de estas decisiones hay un cúmulo de factores alejados de lo psicológico y más propios del entorno social y familiar en el que surgen las iniciativas empresariales.



Para Camarero y Sampedro Gallego (2005: 69), la emprendedora rural se mueve en un espacio intermedio entre el mercado y la familia, desarrollando su actividad en un entorno en el que, al igual que sucedía en su tradicional vinculación agroganadera, se confunde la actividad familiar y la empresarial. Los autores lo confirman:

“el empresariado rural femenino es doméstico”, pues los sectores en los que las mujeres trabajan como autoempleadas son aquellos sectores claramente vinculados a negocios familiares. Esto es así también para las empresarias de turismo rural, pues aunque la mitad de los titulares de estos negocios son mujeres, se concibe la actividad como una prolongación del trabajo doméstico (Alario Trigueros, 2004). Las empresarias rurales están vinculadas a sus familias tanto si son agrarias como si no lo son, pero destaca en particular que las mujeres asuman tareas que les permiten lograr una relativa autonomía al margen de los avatares seguidos por las explotaciones familiares de su entorno más próximo. Los escasos estudios existentes en España sobre esta cuestión no nos ofrecen información detallada, pero indican que estas mujeres jóvenes recurren al autoempleo ante las persistentes dificultades de inserción, y aparecen como un sector emergente en espacios donde la cualificación es más un problema que una ventaja (Paniagua, 2002).

Otros cambios sociolaborales

Junto a estos cambios ocupacionales que apuntamos, ligados a la desagrarización del medio rural y a lo que algunos autores en el pasado definieron como pluriactividad de las familias rurales, han convivido cambios en la domesticidad femenina. En los años ochenta, el descenso de la participación femenina en las actividades familiares agrarias las llevó hacia diferentes caminos, mostrándose lo que Sampedro Gallego (1991) denominó, en su momento, ruptura generacional, haciendo referencia a dos trayectorias diferenciadas en función del género y del territorio: todas intentan saltar al sector servicios si el mercado de trabajo lo favorece, pero las de mayor edad y las que residen en asentamientos más pequeños lo tienen más difícil. Si no hay oportunidades laborales fuera de la familia, las mujeres se orientan hacia el ámbito doméstico, pero la participación laboral familiar se reduce significativamente entre las más jóvenes⁵. Así, en la década de los ochenta, la disponibilidad de las mujeres es total, y está supeditada a los avatares del mercado de trabajo local o a las variaciones del empleo externo no agrario de los varones.

Como habíamos apuntado anteriormente, para las mujeres jóvenes de mayor edad y con menores oportunidades de inserción laboral, ser solamente ama de casa se convierte en una posición social interesante, pues reduce su

▼
Los datos recientes apuntan, como un rasgo definitorio de las nuevas situaciones ocupacionales, el importante retroceso de la domesticidad femenina entre la población más joven

flexibilidad estabilizándolas en una única actividad, a saber: ocuparse del hogar y de la familia. Pero si en los años ochenta, e incluso en los noventa (Díaz Méndez, 1997b), la opción de ser ama de casa fue una oportunidad interesante para lograr la integración social de las mujeres que permanecían en el medio rural, las nuevas generaciones de mujeres más jóvenes no lo perciben así.

Los datos recientes apuntan, como un rasgo definitorio de las nuevas situaciones ocupacionales, el importante retroceso de la domesticidad femenina entre la población más joven⁶ (González Rodríguez y Gómez Benito, 2002). Las mujeres jóvenes comenzaron, primero, negándose a desempeñar los papeles secundarios en la agricultura, se acogieron, después, a las tareas domésticas para huir del trabajo del campo, y deciden, ahora, optar por empleos remunerados fuera del ámbito doméstico y familiar. Han seguido unas estrategias continuadas de alejamiento de las condiciones de vida que más les dificultan el logro de la autonomía económica y personal, lo que las ha llevado a adoptar medidas que las alejan del entorno agrario, en un primer momento, y del doméstico, más recientemente. Siempre queda la duda respecto a las posibilidades reales de consolidar estas tendencias en el futuro. Ante los mayores porcentajes de domesticidad de las jóvenes de mayor edad (González Rodríguez y Gómez Benito, 2002)⁷, y si además tenemos en cuenta que la domesticidad es más alta en el medio rural que en el urbano a partir de los cuarenta años (Alario Trigueros, 2004), cabe preguntarse si la huida de la vida doméstica es solamente un momento del ciclo vital de estas jóvenes. Es posible que algunas de ellas retornen, con la edad, a las posiciones domésticas tradicionales, sobre todo si las oportunidades laborales para desvincularse del rol tradicional de ama de casa son escasas.

La persistencia femenina en la salarización

La pauta ocupacional más característica seguida por las mujeres rurales ha sido, sin duda, su insistencia en mantenerse en el mercado de trabajo asalariado. Esa entrada ha sido paralela tanto al proceso de desagrarización del medio rural como al alejamiento del rol tradicional de ama de casa que antes apuntábamos. No se trata sólo de una respuesta a la disminución de la actividad productiva agraria, sino más bien una respuesta a la expulsión de las mujeres de una actividad que se



profesionaliza fundamentalmente a través del trabajo masculino. También se trata de una estrategia en busca de las condiciones de vida que se otorgan a los asalariados fuera del grupo familiar y que, sin embargo, se les niegan a las mujeres dentro de la familia. Ellas han optado por el empleo externo, en parte, por las necesidades económicas del grupo familiar, pero estimuladas, también, por la necesidad del reconocimiento social y económico del que carecen en sus familias. Las mujeres han buscado trabajos remunerados fuera de la familia de origen, aunque dentro del entorno rural. Algunas de estas actividades son nuevas. El empleo en el sector servicios ha aparecido paralelamente al impulso del turismo en muchas áreas rurales españolas. Otras ocupaciones son, sin embargo, tan antiguas como la propia agricultura (el trabajo relacionado con el sector textil, con la agroindustria...), pero que, si bien cuentan con características nuevas, ha sido una fórmula tradicional de pluriactividad del medio rural. Las mujeres han sabido aprovechar esta fórmula para mejorar sus propias condiciones de vida y las de sus familias, aunque en muchos casos, como dice Sampedro Gallego, haya sido “participando del mundo productivo sin salir del reproductivo” (1999: 19). Actualmente, casi las tres cuartas partes de las mujeres rurales son asalariadas y se confirma un aumento sostenido de esta tendencia laboral.

Efectivamente, los datos más recientes sobre la situación laboral de la juventud rural apun-

▼
Aunque los datos de las jóvenes actuales siguen mostrando un grado de dependencia económica de las mujeres muy superior al de los varones, la proporción de las que hoy son independientes ha aumentado significativamente

tan a una orientación muy centrada en la inserción laboral, aunque no carente de dificultades. Las cifras de paro femenino entre las mujeres jóvenes rurales duplican las del masculino; de ahí que una buena parte de ellas hayan preferido estudiar antes que engrosar las listas del paro. No obstante, las cifras sobre la ocupación son muy similares entre géneros y también lo son las tasas de temporalidad (González Rodríguez y Gómez Benito, 2002). Bien es cierto que las diferencias por edad resaltan las distancias, y el aumento de los que trabajan es más visible y persistente entre los varones que entre las mujeres. Aunque los datos de las jóvenes actuales siguen mostrando un grado de dependencia económica de las mujeres muy superior al de los varones, la proporción de las que hoy son independientes ha aumentado significativamente⁸. La edad, en todas aquellas cuestiones relacionadas con el empleo y la autonomía económica, parece ser más determinante que el género, aunque incide sobre ellas, precisamente, por el hecho de ser mujeres⁹: el efecto negativo de la edad se deja sentir sobre las mujeres en etapas más próximas al matrimonio y la maternidad, mientras que afecta a los varones en sentido inverso.

Conclusiones

La comparación entre las estrategias seguidas en el pasado por las mujeres jóvenes y las que ahora son preferidas por ellas, nos ofrece la posibilidad de analizar los elementos determinantes de estos comportamientos. En el pasado, las estrategias femeninas se sustentaban en un objetivo prioritario: el abandono del medio rural. Las mejores estudiantes usaban la formación como soporte para huir del pueblo y de la familia, quedando el matrimonio como la vía de escape del medio rural para las de menor éxito educativo o con menores recursos. Pero hoy, las jóvenes comienzan a detectar menores discrepancias entre formación y ruralidad, y una asociación más débil entre la vida urbana y el empleo. El debilitamiento de la estrategia de expansión formativa, así como la mirada hacia la inserción laboral sin abandonar el medio rural, constituyen los elementos sobre los que asentar unas nuevas estrategias para dar respuesta a las expectativas de las generaciones de mujeres más jóvenes.

En este nuevo contexto, cobra una especial relevancia la percepción acerca de la relación entre trabajo y territorio. Si las mujeres jóvenes de otras décadas vinculaban empleo a desarraigo,



las jóvenes de hoy no entienden que trabajo y territorio sean elementos contradictorios. La percepción de un medio abierto y conectado las hace calcular el logro de sus objetivos en función de las posibilidades de movilidad interterritorial. Sus expectativas, por ello, pueden cubrirse en las poblaciones más próximas, donde sea posible encontrar empleo, aunque esa movilidad sigue teniendo importantes dificultades en algunas áreas geográficas y entre algunas familias con menores recursos.

Queda claro que las nuevas generaciones de mujeres buscan autonomía económica y reconocimiento social, de una forma más visible que las generaciones pasadas, y éstos son logros que se obtienen a través del empleo. Sin embargo, aunque estos objetivos no deberían estar reñidos ni con la constitución de una familia ni con la maternidad, el caso es que los roles tradicional de género siguen pesando de manera significativa entre las mujeres, muy especialmente a partir del matrimonio y la maternidad, obligándolas a revisar sus expectativas vitales y con ello sus estrategias de inserción social y laboral.

Sin duda sigue pendiente un avance hacia la igualdad entre géneros y hacia la integración laboral, como hemos apuntado, pero también parece evidente que hoy, más que en el pasado, es oportuno construirlo a partir del territorio, pues en él confluyen las expectativas individuales de estas mujeres con el futuro del medio rural en el que viven. ■

▼ Notas

- ¹ González, De Lucas y Ortí (1985), Camarero, Sampedro y Vicente-Mazariegos (1991), Camarero (1997), García Ramón y Baylina Ferré (2000), González y Gómez Benito (2002), Camarero y Oliva (2004), Díaz Méndez y Dávila Díaz (2008).
- ² Estos autores lo confirman: entre las jóvenes rurales hay un 12,1% con estudios universitarios frente al escaso 5,7% de hombres (2002).
- ³ Han pasado de significar un 11% del total de incorporaciones de jóvenes durante el periodo 1989-1993 a un 24% durante 1994-2000 (García Bartolomé, 1999).
- ⁴ No resulta fácil determinar la posición laboral de las mujeres en la actividad económica con las estadísticas al uso. Por ello, algunos autores han optado por utilizar la Encuesta de Calidad de Vida en el Trabajo, que permite la comparación urbano/rural y determina la posición laboral en la economía formal por sexos. Se puede ver el cuadro elaborado por Camarero et al. (2005: 84) a partir de esta encuesta y con datos de 2001. En ella, las mujeres rurales (empresarias o autónomas) constituyen el 20,7%, frente a un 11,8% de mujeres urbanas en la misma situación. También es superior el porcentaje de varones empresarios en el medio rural (27,8% frente al 17,5% en el medio urbano). Por su parte, González Rodríguez y Gómez Benito (2002) constatan que los porcentajes de jóvenes profesionales autónomas han aumentado, aproximándose al de los varones. En 1884 había un 12% de varones jóvenes y un 7,8% de mujeres jóvenes profesionales autónomas en la agricultura.
- ⁵ Si en 1984 había un 54,7% de mujeres jóvenes en la categoría de ayudas familiares, en el 2000 este porcentaje no supera el 8% (González Rodríguez y Gómez Benito, 2002).
- ⁶ En 1984 se clasificaban como amas de casa un 31,5% de las jóvenes rurales, y en el año 2000 esta cifra se ha reducido al 8,7% (González Rodríguez y Gómez Benito, 2002).
- ⁷ Un 18,1% de las jóvenes entre 25 y 29 años se dedican a actividades del hogar (González Rodríguez y Gómez Benito, 2002).
- ⁸ Entre la juventud rural clasificada por González Rodríguez y Gómez Benito (2002) como absolutamente dependiente se encuentran un 45,5% de hombres y un 69,7% de mujeres. Son independientes el 54,3% de los varones y el 30,1% de las mujeres (González Rodríguez y Gómez Benito, 2002: 28).
- ⁹ Se pueden ver los mapas de actividad por sexos y tipo de municipio realizados por Alario Trigueros a partir del Censo de Población de 2001 y citados en el *Atlas de la España rural* (2004: 116).

▼ Referencias bibliográficas

- ALARIO TRIGUEROS, M. (2004): "El turismo rural en España" en *Atlas de la España rural*, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, pp. 356-358.
- CAMARERO, L.; SAMPEDRO, R.; VICENTE-MAZARIEGOS, J.; GÓMEZ BENITO, C. y GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, J.J. (1991): *Mujer y ruralidad en España. El círculo quebrado*, Instituto de la Mujer, Madrid.
- CAMARERO, L. (1997): "Pautas demográficas y espaciales de las transformaciones del medio rural" en C. Gómez Benito y J.J. González Rodríguez (coords.), *Agricultura y sociedad en la España contemporánea*, CIS y Ministerio de Agricultura, Madrid, pp. 225-246.
- CAMARERO, L. Y OLIVA, J. (2004): "Los paisajes sociales de la ruralidad tardomoderna" en *Atlas de la España rural*, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, pp. 426-435.
- CAMARERO, L. et al. (2005): *Emprendedoras rurales: de trabajadoras invisibles a sujetos pendientes*, Centro Francisco Tomás y Valiente, UNED, Valencia.
- GARCÍA BARTOLOMÉ, J.M. (2000): "Reflexiones sobre la situación de la juventud en la sociedad rural", *Revista de Estudios de Juventud*, nº 48, pp. 9-19.
- GARCÍA BARTOLOMÉ, J.M. (1999): "Mujeres rurales, sociedad civil y desarrollo rural" en J.M. García Bartolomé (coord.), *Mujeres y sociedad rural: entre la inercia y la ruptura*, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Madrid.
- GARCÍA BARTOLOMÉ, J.M. (2004): "Mujeres en la agricultura y en la sociedad rural" en *Atlas de la España rural*, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Madrid, pp. 146-159.
- GARCÍA RAMÓN, M. D. y BAYLINA FERRÉ M. (2000): "Estudios rurales y género en Europa y en España: un estado de la cuestión" en M.D. García Ramón y B. Ferré (coords.), *El nuevo papel de las mujeres en el desarrollo rural*, Oikos-tau, Barcelona, pp. 23-64.
- GARCÍA SANZ, B. (2004): *La mujer rural ante el reto de la modernización de la sociedad rural*, Instituto de la Mujer, Madrid.
- GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, J.J.; DE LUCAS, A. y ORTÍ, A. (1985): *Sociedad rural y juventud campesina. Estudios sociológico de la juventud rural*, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Madrid.
- GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, J.J. y GÓMEZ BENITO, C. (1997): "Clases agrarias, estrategias familiares y mercado de trabajo" en *Agricultura y Sociedad en la España contemporánea*, de Gómez Benito y González Rodríguez (coords.), Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación y CIS, Madrid, pp. 565-580.
- GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, J.J. y GÓMEZ BENITO, C. (2002): *Juventud Rural 2000*, INJUVE, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, Madrid.
- DÍAZ MÉNDEZ, C. (1997a): *Estrategias familiares y juventud rural*, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Madrid.
- DÍAZ MÉNDEZ, C. (1997b): "Modelos de inserción sociolaboral de las jóvenes rurales", *Papers Revista de Sociología*, nº 54, pp. 113-128.
- DÍAZ MÉNDEZ, C. y DÁVILA DÍAZ, M. (2008): *Familia, trabajo y territorio: tres anclajes sociales dinámicos para la integración de las jóvenes en una sociedad rural difusa*, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Madrid.
- LANGREO NAVARRO, A. (2000): "Retos formativos y demandas profesionales de las agricultoras" en *Mujer y sociedad rural: entre la inercia y la ruptura*, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, Instituto de la Mujer, Madrid, pp. 131-139.
- MOLINERO HERNANDO, F. et al. (coord.) (2004): *Atlas de la España rural*. Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Madrid.
- PANIAGUA, A. (2002): "Autoempleo de alta cualificación en la España rural" en *Scripta Nova, Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, Univ. de Barcelona, vol. VI, nº 119.
- PRADOS VELASCO, M.J. (2000): "El último eslabón en la cadena de producción. Manipuladoras e industrias agroalimentarias en Andalucía" en D. García Ramón y B. Ferré (coords.), *El nuevo papel de las mujeres en el desarrollo rural*, Oikos-tau, Barcelona, pp. 133-150.
- SAMPEDRO GALLEGO, R. (1991): "El mercado de trabajo en el medio rural: una aproximación a través del género", *Política y Sociedad*, nº 8, pp. 25-33.
- VERA, A. Y RIVERA, J. (1999): *Contribución invisible de las mujeres a la economía: el caso específico del mundo rural*, Instituto de la Mujer, Madrid.
- VICENTE-MAZARIEGOS, J. (coord) (1991): *Situación socioprofesional de las mujeres en la agricultura*, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Madrid.